

## **SANTOS NO ES URIBE**

**Armando Neira**

Periodista, Director Editorial revista *Gente*

En Colombia, los seguidores de Álvaro Uribe Vélez están encantados porque el pasado 20 de junio fueron a las urnas y eligieron al oficialista Juan Manuel Santos Calderón como su sucesor en la Presidencia de la República. Aunque la abstención fue del 55,6 por ciento, la jornada fue un éxito porque ese día más de 13 millones de personas sufragaron desafiando un intenso aguacero y privándose de ver al menos en directo uno de los tres partidos del Mundial de Fútbol de Sudáfrica, un certamen que aquí se sigue con obsesión, y que justo coincidían con las horas hábiles para votar.

Santos obtuvo 9.004.221 votos. Su triunfo fue arrollador porque equivale al 69 por ciento de los sufragios mientras que su contendor, el profesor universitario y ex alcalde de Bogotá, Antanas Mockus, apenas se quedó con un 27,5 por ciento (3.588.819 votos). Durante la campaña hubo gran emoción a través de las redes sociales porque miles daban por ganador al candidato del Partido Verde. Al final de cuentas, Santos arrolló en la realidad y Mockus solo pudo hacerlo en el mundo virtual.

Esa noche del frío domingo, una multitud se congregó en un coliseo de Bogotá para festejar la victoria que tuvo su clímax cuando Santos gritó por el micrófono: “¡Uribe!, ¡Uribe!, ¡Uribe!”. El atronador aplauso cerró una página más de la exitosa historia escrita por Uribe en la última década en este país suramericano.

Para entender el porqué de su altísima popularidad hay que echarle un breve vistazo a la historia del país que ha estado marcada por la nociva presencia

de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Se trata de una guerrilla de corte estalinista, refugiada durante más de medio siglo en las imponentes montañas andinas y en las inhóspitas selvas pero que han logrado sobrevivir gracias a la fuente inagotable de recursos que le da el narcotráfico. “Un kilo de coca nos da para comprar un fusil”, me dijo alguna vez un miembro de las FARC en medio de sus extensas plantaciones de este cultivo ilegal.

Estos alzados en armas son un grupo de una dureza implacable, sin una gota de romanticismo o del idealismo de otros insurgentes latinoamericanos como el Che Guevara. Su frialdad les permite, por ejemplo, mantener a humildes policías secuestrados, atados con cadenas a los árboles durante una década. “¡Somos mejores que Fidel Castro! ¿A quién le ganó él? Se aprovechó de que Fulgencio Batista estaba borracho y el ejército cubano emparrandado con el Año Nuevo para tomarse el poder, pero eso no es ningún mérito comparado con nuestra lucha de varias décadas contra el Imperio”, me dijo Raúl Reyes, en ese momento uno de los más poderosos comandantes de las FARC en una entrevista realizada en los tiempos en que el país creyó en la quimera de la paz y desmilitarizó 42.000 kilómetros cuadrados en el sur del país. La idea era que los comandantes estuvieran en este escenario concentrados para buscar una salida negociada al conflicto. El área fue popularmente conocida como El Caguán.

Esta decisión tomada por el entonces presidente, el conservador Andrés Pastrana Arango, fue la semilla que catapultó a Uribe Vélez al poder. En efecto, a principios del año 2000 el actual Presidente iba religiosamente todas las mañanas —cargando su propio maletín— a las redacciones de los periódicos de la capital solicitando con humildad que le hicieran aunque fuera una breve entrevista. Generalmente, un anónimo redactor político se sentaba con él y lo escuchaba: “Hay que acabar con esa sinvergüencería del Caguán, al terrorismo no se le puede hacer ninguna concesión”, decía el joven político a quienes muchos calificaban de “derechista”. Por eso, su opinión cuando salía apenas era publicada en la sección de breves. Por entonces el país estaba inmerso en aquellos diálogos de paz, la romería para fotografiarse con el viejo Manuel Marulanda Vélez, alias ‘Tirofi-

jo', era interminable y en general a pocos les interesaba escuchar voces que aguaran aquel entusiasmo de ponerle fin a la guerra.

Pero, Uribe —terco, tozudo como ha sido siempre— insistía en su discurso. Contaba que uno de los factores para que años atrás, siendo gobernador de Antioquia —una de las más importantes provincias— lo hubieran elegido como el mejor mandatario regional del país, era porque había sido inflexible con ese grupo armado. Y, según él, “los bandidos de las FARC son el mayor enemigo de Colombia”.

Así lo planteó al interior de su histórico partido, el Liberal, pero por aquel entonces allí se imponía la autoridad de su líder y máximo favorito a la presidencia Horacio Serpa Uribe, un convencido demócrata, respetuoso de la izquierda, y quien insistía en respaldar la salida negociada al conflicto. Uribe se marginó del Partido Liberal y se fue a defender sus ideas en su propio movimiento, el naciente Primero Colombia.

Muchos le auguraron un fracaso y le mostraban las encuestas que apenas le daban un 3 por ciento en la intención de voto. Sin embargo, él insistía sin tregua. Mientras en El Caguán las conversaciones de paz parecían detenidas en el tiempo, en el resto del país se escuchaban a diario los morteros y bombazos que lanzaban las FARC en su feroz ofensiva. “La zona de distensión la están utilizando como centro de operaciones. Eso hay que acabarlo”, clamaba Uribe.

Muchas voces empezaron a identificarse con él y los colombianos dijeron que ese era el hombre que le pondría orden a las cosas. En el 2002 las FARC realizaron una lluvia de acciones entre las que se incluyó el ataque contra varias ambulancias con pacientes a bordo y el cinematográfico secuestro de un avión al que hicieron aterrizar en la selva para llevarse a sus indefensos pasajeros en condición de rehenes. Contra la pared, por la fuerza de semejantes acontecimientos, el presidente Pastrana Arango anunció el fracaso de los diálogos y en un año electoral cualquier posibilidad de defenderlos —como lo hacía Serpa— llevaría al naufragio. De hecho, nadie se acuerda hoy de él.

En cambio, Uribe había logrado interpretar como ningún otro político de la historia el pensamiento y anhelo del colombiano promedio: “El enemigo son las FARC”, “Hay que derrotarlas como sea”, “bala, bala para los terroristas”. En las elecciones salieron a respaldarlo copiosamente. Uribe ganó de un solo envión en primera vuelta. Y desde esa fecha hasta hoy, no ha habido un solo día en que la presencia del Presidente deje de gravitar en la agenda del país.

Pero Uribe no se quedó solo en la batalla contra “la culebra”, como llama a esa guerrilla, sino que fue más allá e hizo una verdadera revolución en la manera de relacionarse con el pueblo. Acostumbrados a Jefes de Estados distantes que solían visitar cada fin de semana la hermosa Casa de Huéspedes Ilustres de Cartagena y que llenaban las páginas sociales con sus glamorosos cócteles y elitistas reuniones sociales, Uribe se dedicó a trabajar sin descanso, incluso los fines de semana y festivos y con una austeridad franciscana. Los días que ha descansado en estos ocho años de gobierno se pueden contar con facilidad. Realizó más de 300 consejos comunales, largos encuentros directos en los que se sentaba a solucionar los problemas con los pobladores y en los que sus seguidores señalaban maravillados que el Jefe del Estado podía estar hasta 10 horas seguidas conversando con ellos sin siquiera ir al baño, solo “tomando algunas goticas de agua”.

Esta combinación de populismo y caudillismo lo convirtió en una figura imprescindible. Con su memoria prodigiosa le hablaba a los ciudadanos de cada uno de los problemas en los municipios más distantes con un detalle y precisión que parecía que siempre hubiera vivido allí. Así, los colombianos dedicaron horas y horas discutiendo de “nadie como él”...“sin él, la sensación de orfandad sería absoluta”. En un país donde hay tanto abandono familiar, él se había convertido en el padre de toda la nación. De esta manera se alteró la Constitución y se validó su reelección. En el 2006 volvió a ganar la Presidencia —otra vez en primera vuelta—, y siguió acorralando a las FARC como lo había prometido dándole los mayores golpes militares, entre ellos la Operación Jaque que le devolvió la libertad a Ingrid Betancourt la rehén de más valor para las FARC. El fortalecimiento del Ejército, la estabilidad en la economía y sobre todo su extra-

ordinaria capacidad para trabajar, le devolvió la autoestima a un país que hasta antes de él creía que se hundía en el infierno. No había un foro o una discusión en el año 2000 en el que no se dijera que Colombia era un país inviable. Con él, esos tiempos quedaron en el olvido y los colombianos se llenaron de esperanza.

Sin embargo, en los últimos años le explotaron unos escándalos monumentales que para cualquier otro presidente hubiera habido voces que le exigirían la dimisión. Así, entre otros episodios gravísimos, se cuenta el asesinato extrajudicial por parte de las Fuerzas Armadas, según varias denuncias de respetadas organizaciones de derechos humanos, de cerca de 2.500 jóvenes inocentes, de extracción civil y muy humildes, y que fueron presentados como militantes de las FARC muertos en combate. También está el caso de las ‘chuzadas’ del DAS que son escuchas ilegales por parte de la agencia de inteligencia que depende del Presidente a miembros de la oposición, reconocidos periodistas y hasta delegaciones diplomáticas. Con ese panorama tan turbulento, la mayoría absolvió a Uribe y buscó a otros culpables o sencillamente decidió mirar para otro lado. Al Presidente, sus seguidores le perdonaron todo y le siguieron dando su aprobación incondicional —superior en un 70 por ciento— y votó copiosamente por su sucesor Juan Manuel Santos. Por eso, aquella noche del 20 de junio el aplauso para Uribe fue atronador.

Sin embargo, es posible que tras la emoción de la elección muchos empiecen a darse cuenta de que —como dice el presidente electo— “Santos es Santos y Uribe es Uribe”. En efecto, tal vez no hay un político más distinto a Uribe que Santos. Al primero le gusta untarse de barro, conversar con los más humildes, proviene de una zona de provincia, es impulsivo, tiene la sangre caliente y se ufana de no leer periódicos, y menos a la prensa extranjera, y cree fervientemente que está en la obligación de servir al país.

En cambio, Santos tiene su origen en una de las familias más aristocráticas de Bogotá, un hecho trascendental para un país con tan marcadas diferencias sociales como Colombia. Nació en una cuna de oro el 10 de agosto de 1951 y desde pequeño le inculcaron que era natural que alguna vez fuera elegido.

Germán Santamaría, un gran cronista de prensa y fiel amigo de Santos dice que el nuevo presidente es como un personaje de Sándor Marái: un burgués culto, refinado y competente. “No es un hombre que venga de la tierra, del pasado feudal del país, del conflicto rural con raíces atávicas. Es hombre urbano, educado en la disciplina de la escuela naval, y en el rigor académico y flemático de Kansas, Londres y Boston”. De ahí que Santos ponga una barrera invisible cuando la gente se le acerca. Solo ahora en la campaña electoral en la que tuvo que ir a los barrios más deprimidos del país, fue cuando conoció en carne propia la pobreza.

Por eso es posible que el fervor de los uribistas creyendo que Santos va a ser solo la prolongación del gobierno de Uribe en cuerpo ajeno, se vaya diluyendo con el paso de los días. “El próximo presidente tiene una tenacidad y una ambición comparables a las de Uribe, pero un ego superior al de éste. Esos rasgos son innatos en las personas que le han dedicado toda su vida a buscar el poder. Y una de las características de Santos es su arrolladora confianza en sí mismo. Habla con conocimiento de los temas e irradia autoridad”, dice de él la revista *Semana*, una de las más sólidas publicaciones en análisis político en Colombia.

Por su origen y su formación son muy distintos. Sin embargo, la pregunta de fondo es: ¿Será Santos un buen presidente? Posiblemente jamás tendrá la popularidad de Uribe, pero lo cierto es que su vida ha sido marcada por su buena estrella que le augura un futuro promisorio: creció en el mundo del poder en el diario *El Tiempo* de Bogotá cuando este definía los destinos del país; manejó la política cafetera nacional en Europa en la época en que Colombia vivía del grano; salió en hombros de los tres ministerios por donde pasó —Comercio Exterior, Hacienda y Defensa— y sin haber participado en una elección en su vida alcanzó una votación histórica surfeando sobre la ola de agradecimientos del país hacia Uribe. Por eso, quienes lo conocen de cerca dicen que él hará una buena gestión. “¿Por qué no habría de serlo máxime ahora que tiene el sueño que acarició durante toda su vida?”, sentencian.

“Será muy bueno”, dice el escritor Carlos Fuentes, su amigo personal y quien le dedicó su novela *La silla del águila*. “Es un hombre muy capaz, es extraordinario y tiene una visión muy progresista de la política”, anota su otro amigo Mario Vargas Llosa. Dos ejemplos de las amistades que frecuentan a Santos. Un político que le encanta conformar equipos de trabajo con gente talentosa, amante de *The Economist*, buen bailarín y a quien le gusta deleitarse con la buena música, los vinos exquisitos, el póquer y el golf. Es decir, todo lo contrario de Uribe.

Otra diferencia es que a Santos le gusta delegar y creer en sus funcionarios. Esto significa que no estará omnipresente en todos los escenarios como hasta hoy lo ha hecho Uribe. Muchos apuntan, con ironía, que el problema para Santos no será el desempleo, que ronda el 14 por ciento, la profunda crisis del sistema de salud y del pensional, los coletazos de las FARC y la poderosa presencia del narcotráfico, sino la pesada sombra de Uribe.

Bogotá, 5 de julio de 2010